

Gilbert K. Chesterton: En el semáforo de la política

Enrique García-Máiquez | Escritor



Imagen: G. K. Chesterton trabajando

Con la salvedad de que el escogido para darla fuese yo, hay que felicitar al Club Tocqueville de Barcelona por su sentido de la oportunidad espaciotemporal al programar una conferencia sobre el pensamiento político de Gilbert Keith Chesterton. El año que viene se celebrará el centenario de su visita a Barcelona. Fue recibido con interés y cariño. Lo más curioso es que aquí vio el primer semáforo. Su secretaria Dorothy Collins, que conducía el coche, no supo que hacer frente a ese Polifemo por triplicado de luces de colores. Causaron un considerable atasco. Cuando Collins afeó a Chesterton que hubiese seguido leyendo en el asiento trasero sin inmutarse en vez de ayudarla, éste contestó: «Querida, te ayudé de la mejor manera posible. De gritarte indicaciones absurdas y contradictorias, habría empeorado más la situación».

El Club Tocqueville también ha demostrado cierto don de profecía. Hacía meses que teníamos cerrado el compromiso de esta conferencia cuando murió el papa Francisco, se celebró el cónclave, fue elegido el cardenal Prevost y escogió el nombre de León XIV como homenaje a León XIII y a su pensamiento social. Esa doctrina fue justamente la que el escritor inglés articuló en su pensamiento y en su acción política. De modo que al interés en saber qué pensaba concretamente de política uno de los escritores más influyentes del siglo XX, se ha sumado el hecho insólito de que los focos mundiales se han vuelto sobre la Doctrina Social de la Iglesia que él abanderó con singular resonancia.

Para estudiar su pensamiento político, vamos a

rendir un pequeño homenaje al originario semáforo barcelonés: organizaremos la conferencia según los tres colores clásicos. En el primer apartado, en rojo, nos pararemos en seco a ver qué no es Chesterton en política. En el segundo, en ámbar, nos aventuraremos a pasar audazmente una definición de Chesterton como pensador conservador. Y en la última parte, ya en verde, aceleraremos sin miedo sobre las aportaciones que Chesterton dejó al pensamiento político en general y al conservador en particular.

Rojo. ¿Qué posturas políticas no tuvo Chesterton?

Carlos Esteban, *jolly journalist* él mismo, explica que hoy podríamos hablar, a lo hegeliano, de una izquierda chestertoniana y de una derecha chestertoniana. Todos lo requerimos como maestro. En la izquierda, basten los nombres de Fernando Savater, que ha sido un pionero en el chestertonismo español, Ana Iris Simón, Víctor Lenore o, en Italia, Diego Fusaro. Especialmente, desde los muy activos cuarteles de invierno del llamado «rojipardismo» citan a Chesterton con fervor.

La derecha chestertoniana es omnipresente y se abre en abanico. Mires donde mires encuentras citas suyas. E incluso, dentro de las distintas familias de la derecha se disputan la exclusiva. El Obispo Munilla le dedica un libro monográfico. Los reaccionarios lo reclaman para sí con derecho de exclusividad. Los tradicionalistas lo sienten como suyo. Y los conservadores, por supuesto. Resulta curioso que sean los liberales los que menos reclamen el patronazgo de Chesterton, cuando fue el Liberal el único partido clásico en el que militó, y por el que hizo campaña.

Que cada cual cite a Chesterton como uno de los suyos tiene sentido. Es un autor enorme con multitud de ideas sorprendentes y verdaderas. Con todo, no hemos de olvidar el aviso de Chesterton. Una vez estaba intentando entrar por un callejón muy estrecho y no cabía. Una señora, con ganas de colaborar, le recomendó que entrase de lado. Con una carcajada, el orondo inglés le hizo observar: «Señora, yo no tengo lado». En efecto, con independencia de su feliz lectura transversal, Chesterton es un pensador de una pieza, redondo, compacto.

Amarillo. El pensador conservador

Y como pieza única se revela como un pensador claramente conservador. Aceleremos, antes de que el semáforo se ponga de nuevo en rojo, y pasemos las razones de fondo de su conservatismo. Del que hay que reconocer que renegó no pocas veces. No era su etiqueta política favorita. Tampoco, por cierto, la de Edmund Burke, que jamás se definió así.

Chesterton, para evitar la confusión con el Partido Conservador, que es otra cosa, prefería caracterizarse así: «Tenéis que perdonarme, soy un demócrata. Sé que estoy fuera de onda en el mundo moderno». Y suelta algunas andanadas tremendas (y necesarias) al conservadurismo nominativo. Una: «Los conservadores modernos tienen la monomanía de defender sólo situaciones que no han tenido la emoción de crear. Los revolucionarios hicieron la reforma, los conservadores sólo conservan la reforma. Nunca reforman la reforma, que a veces es lo que más se necesita». Otra: «El mundo moderno se ha dividido a sí mismo en conservadores y en progresistas. La ocupación de los progresistas consiste en seguir cometiendo errores. La ocupación de los conservadores consiste en impedir que los errores se corrijan».

Pero sus citas a favor del conservadurismo, aunque se recuerdan mucho menos, son más numerosas. «Nadie con ojos en la cara puede negar al eterno rebelde que hay en el conservador», advirtió. Y lo desarrolló luego en la parábola del farol y la pintura: el que quiere conservar el farol es el que no puede dejar de arreglarlo ni de pintarlo. Es un activismo. Hizo más defensas, aunque quizá la más vibrante se encuentre en *El hombre que fue Jueves* (1908): «Era de esos que son empujados muy pronto hacia una posición extremadamente conservadora por la desconcertante estupidez de la mayoría de los revolucionarios. No había alcanzado su conservadurismo mediante una modosa tradición. Su respetabilidad era espontánea y brusca, una rebelión contra la rebelión».

Con citas a favor y en contra, soy partidario de la cata a ciegas. Lo soy de todas las catas, pero las ciegas tienen la virtud de abrirnos los ojos. Alguien que se escandaliza estentóreamente frente al divorcio, que defiende a muerte la sacralidad de la vida, que postula y practica

la presencia de la religión en la vida pública, que lucha contra el gran capital, patriota acérrimo de la pequeña Inglaterra, que venera la propiedad privada familiar, que nunca olvida la incommensurable dignidad del hombre común, que rinde una reverencia caballerescas a la mujer, que vive apasionado por las costumbres y tradiciones y que no disimula su radical desconfianza hacia el racionalismo, ¿es un conservador o no?

Tras la cata a ciegas, para certificar científicamente el resultado, conviene hacer un análisis en el laboratorio. Hay que remitirse, primero, a las definiciones que ofrecen los clásicos del conservadurismo y, a renglón seguido, al contenido del pensamiento de Chesterton, para, en tercer lugar, contrastarlos. Entre mis definiciones favoritas se cuentan, casi como en un chiste –lo que haría gracia a Chesterton– la de un inglés, la de un americano, la de un brasileño y la de un español.

Un conservador pura sangre, como Michael Oakeshott, nos facilitó la tarea. En su libro canónico *Ser conservador y otros ensayos escépticos* (1956) establece que el conservadurismo no es un partido político ni

tampoco una ideología en su sentido estricto, sino una forma de ser, una sensibilidad. Enumera sus inconfundibles características: «Ser conservador, entonces, es preferir: lo familiar a lo desconocido, lo probado a lo probable, lo actual a lo posible, lo limitado a lo ilimitado, lo próximo a lo distante, lo suficiente a lo superabundante, lo conveniente a lo perfecto y la risa presente a la felicidad utópica».

Chesterton encaja como un guante en estos ocho requisitos. Veamos cómo contesta a cada una de las preguntas del examen de Oakeshott. ¿Lo familiar frente a lo desconocido? G. K. C.: «Que nadie crea que ha abandonado la vida familiar en busca del arte o del conocimiento, pues al abandonarla ha huido del inabarcable conocimiento de los hombres y del imposible arte de la vida». ¿Lo probado a lo probable? G. K. C.: «El amor por lo no probado es como el amor a la Nada: el futurismo está muy cerca del nihilismo». ¿El placer por lo actual? G. K. C.: «Si hay algo más penoso que la irreverencia por el pasado es la irreverencia por el presente, por la apasionante y colorista procesión de la vida». ¿La elección por lo limitado? G. K. C.: «El juego de ponerse límites es uno



Imagen: Seminario impartido por Enrique García-Máiquez en Barcelona (20 de junio 2025).

de los secretos placeres de la vida». ¿Lo próximo mejor que lo distante? G. K. C.: «Héroes como Ulises son aventureros y emocionantes porque están intentando volver a casa. Imperialistas, piratas y demás, no son interesantes porque están intentando huir de casa. La gente centrípeta es alegre, la gente centrífuga es aburrida» o «La principal objeción que puede hacerse a la extensión de algo por todo el mundo es que, entre otras cosas, tendríamos que extenderlo de modo muy superficial» ¿Lo suficiente a lo superabundante? G. K. C.: «Hay dos formas de obtener suficiente. Una es seguir acumulando más y más. La otra es desear menos». ¿Mejor que lo perfecto, lo conveniente? G. K. C.: «Si vale la pena hacer una cosa, vale la pena hacerla, aunque sea mal». Por último, ¿la risa presente frente a la felicidad utópica? La carcajada de Chesterton es una antiutopía retumbante. En conclusión, en el test Oakeshott nuestro autor obtiene una puntuación del 100%. Matrícula de honor.

Listados parecidos hacen el norteamericano Russell Kirk, el brasileño Olavo de Carvalho y el español Gregorio Luri. Invito al lector aún escéptico del conservadurismo de Chesterton a que lo examine de las diez condiciones de «la mente o el espíritu conservador» que enumera Russell Kirk en *The Conservative Mind* (1953), y que lo puntúe él de 0 a 10. 1- Desconfiar de los grandes sistemas de pensamiento y preferir las fórmulas pragmáticas y acostumbradas. 2- Los problemas políticos son, en su base, morales o religiosos. 3- Creer en un orden trascendente o, como mínimo, no racionalista. 4- Afecto por la variedad infinita de la humanidad y sus manifestaciones misteriosas. 5- Rechazo del logicismo («racionalismo») y de la uniformidad como visión del ser humano. 6- Opción preferencial por las jerarquías o clases. 7- La libertad se concreta en la existencia de la propiedad privada. 8- Rechazo del «mejorismo» o de la idea de que el hombre camina progresivamente hacia la perfección. 9- Defensa del hábito contra la razón. 10- Rechazo del llamado *levelling* político o económico, o sea, de una igualdad global de las sociedades. Cualquier lector de Chesterton concluirá que saca, de nuevo, un 10 de 10 en este test. O un 9'5, si observamos que, aunque sí amaba las jerarquías, no tanto las clases sociales. En cualquier caso, un sobresaliente alto.

Con los listados de Olavo de Carvalho y Gregorio

Luri, el resultado sería igual de apabullante, con la singularidad de que Luri, en uno de sus puntos, refiriéndose a la importancia de la bonhomía y la carcajada pone al propio Chesterton como modelo. O sea, que de examinado pasa a criterio definidor de lo que es el conservatismo.

Verde. Las lecciones políticas

Lo importante es lo contrario. No lo conservador que sea Chesterton, sino lo chestertoniano que sea el conservadurismo. Como hay muchas moradas en la casa del conservatismo, aquí es donde nos la jugamos, quiero decir, donde la influencia de Chesterton puede mostrarse más operativa. Con su inmenso talento literario y su visión prácticamente profética de la realidad europea, ofrece una guía segura para que el conservadurismo sortee tentaciones intemporales y peligros contemporáneos. Ya puestos, extraigamos otro decálogo: el del pensamiento político de Chesterton.

1. El conservadurismo ha de ser autocrítico

Como hemos visto, Chesterton criticaba a los «conservadores nominales» porque no conservaban más que progresismos. Hacía bien, y qué nos va a contar a nosotros, españoles de 2025, que hemos visto cosas –cesiones ideológicas y morales– que él no creería. Paul Valéry, con su luminosa inteligencia, ya había detectado que el problema axial de los conservadores es equivocarse en lo que tienen que conservar. Chesterton no se equivocaba casi nunca en esa pregunta decisiva. Todos sus discípulos políticos, tanto de la izquierda chestertoniana como de la derecha chestertónica citan, como idea fundamental su famosa defensa del pelo rojo que una chiquilla pobre tenía que conservar a toda costa:

Hay que empezar por algún sitio y yo empiezo por el pelo de una niña. Cualquier otra cosa es mala, pero el orgullo que siente una buena madre por la belleza de su hija es bueno. Es una de esas ternuras que son inexorables y que son la piedra de toque de toda época y raza. Si hay otras cosas en su contra, hay que acabar con esas otras cosas. Si los terratenientes, las leyes y las ciencias están en su contra, habrá que acabar con los terratenientes, las

leyes y las ciencias. Con el pelo rojo de una golfilla del arroyo prenderé fuego a toda la civilización moderna. Porque una niña debe tener el pelo largo, debe tener el pelo limpio. Porque debe tener el pelo limpio, no debe tener un hogar sucio; porque no debe tener un hogar sucio, debe tener una madre libre y disponible; porque debe tener una madre libre, no debe tener un terrateniente usurero; porque no debe haber un terrateniente usurero, debe haber una redistribución de la propiedad; porque debe haber una distribución de la propiedad, debe haber una revolución. La pequeña golfilla del pelo rojo, a la que acabo de ver pasar junto a mi casa, no debe ser afeitada, ni lisiada, ni alterada; su pelo no debe ser cortado como el de un convicto; todos los reinos de la tierra deben ser mutilados y destrozados para servirle a ella. Ella es la imagen humana y sagrada; a su alrededor la trama social debe oscilar, romperse y caer; los pilares de la sociedad vacilarán y los tejados más antiguos caerán, pero no habrá de dañarse un pelo de su cabeza.

El pensador inglés pone en práctica un indicador finísimo: los trascendentales (la verdad, la bondad, la belleza); y éstos, en la cotidianidad, la encarnación, lo

concreto. Sin caer tampoco en las desnaturalizadoras abstracciones. El joven chestertoniano Julio Llorente lo explica bien: «A los pacifistas les dijo que merece la pena empuñar la espada; a los belicistas les recordó que sólo para defender una causa noble. A los comunistas les dijo que la propiedad es un bien; a los capitalistas les recordó que, por tanto, debe ser un bien universal. A los reaccionarios les dijo que el pasado no es bueno por haber pasado; a los progresistas les recordó que el futuro no es bueno por ser futuro. Chesterton vio claramente que la historia de la modernidad es la historia de dos errores que se retroalimentan. Constató lúcidamente que al exceso no hay que oponerle su contrario, el defecto, sino su distinto, la verdad».

2. Urge la reforma de la reforma, la revolución contra la revolución, la heterodoxia de la ortodoxia

Jorge Luis Borges detectó que su admirado inglés le había dado la vuelta a Voltaire como a un calcetín. El francés había recomendado explícitamente el humor para derrocar a la Infame, esto es, para él, la Iglesia, pero el inglés usa el humor para derrocar al Progresismo triunfante. El argentino lo celebra. Chesterton aprendió muy pronto esa lección cuando tituló uno de sus más tempranos e importantes ensayos



Imagen: George Bernard Shaw, Hilaire Belloc y Chesterton

Ortodoxia (1908) y se vio prácticamente llevado a la hoguera por la inquisición oficial del progresismo de su tiempo. Descubrió entonces que «el acto de defender cualquiera de las virtudes cardinales posee hoy toda la hilaridad de un vicio»; y ya nunca dejó de divertirse ni de divertirnos.

3. Sacrificio personal

Pero no todo fueron risas. En *Los conservadores y la revolución* (2023), Álvaro Delgado-Gal analiza el conservadurismo desde fuera y, aprovechando esa perspectiva, detecta que el conservador renuncia a parcelas importantes de su individualidad por subsumirse en una tradición, en una comunidad y en una familia. No quiere ser original a toda costa y asume los costes. Como Chesterton tuvo una trayectoria jalonada de conversiones, comprobó esa renuncia en carne propia. Ahí se inserta el ejemplar rechazo de Chesterton a «su gran tentación», según su biógrafo y amigo Titterton. Pudo ser un hereje y afincarse en la parcela de la verdad que más iba con su carácter. Esa verdad suya era la felicidad y la acción de gracias permanente. Y hubiese tenido muchos discípulos, como de hecho empezó a tenerlos. Pero abjuró de su herejía en cuanto comprendió que el mundo no es Dios, que no todo merece una celebración y que, junto al «Hágase tu voluntad», hay que entonar a renglón seguido el «Y líbranos del mal». Perdió seguidores y tal vez un puesto en el canon oficial de la literatura inglesa. Cayó entonces muy suavemente, dijo, sobre una roca; sobre la Iglesia. Por eso, ahora los discípulos de Chesterton no lo son suyos exactamente, sino cristianos. En última instancia, no puede haber chestertonianos.

4. Teocentrismo

La enseñanza anterior nos arroja, por su propio peso, a esta otra: su efervescente teocentrismo. Todos los problemas políticos, ya que no tienen una lectura económica, han de tenerla teológica. En los relatos policíacos de Father Brown se hace explícita esa idea. Chesterton no hace política dejando a Dios fuera ni tampoco propone un voluntarista «como si Dios existiera». Él analiza los problemas sociales y políticos sabiendo que Dios existe y es el Señor de la Creación y del Tiempo. Nos empuja a descartarnos de los complejos que tanto han limitado la acción del cristiano en la sociedad, forzándolo a una doble

contabilidad. Chesterton no está dispuesto a rebajar su fe para hablar con el mundo. El *aggiornamento* le pillaría lejísimo. Escribió: «No queremos una Iglesia que, como los periódicos dicen, se mueva con el mundo. Queremos una Iglesia que mueva el mundo».

5. Realismo

La línea divisoria definitiva de la discusión pública actual se establece entre quienes reconocen la existencia de la realidad, de la naturaleza, de la biología y quienes ven en toda cortapisa a la voluntad humana o a la soberanía popular un fascismo. Lo explican muy bien autores como Jean-François Braunstein en *La filosofía se ha vuelto loca* (2019) o Douglas Murrey en *La masa enfurecida* (2020). El sentido común de Chesterton, que en su tiempo quizá se vio apenas como una figura retórica de su estilo literario, ha ido adquiriendo perfiles proféticos a medida que emergían los debates sociales de fondo. Hoy es un baluarte de la resistencia al signo de los tiempos. Hay que sacar la espada para defender que la hierba es verde.

6. La propiedad y el distributismo

Nos hemos hecho esperar a conciencia. El distributismo es el movimiento puramente económico y político de Chesterton, pero nos interesaba encuadrarlo dentro de su cosmovisión y de su mucho más compleja batería de propuestas y aportaciones.

Con su amigo Belloc, Chesterton se toma profundamente en serio la encíclica *Rerum Novarum* (1891) de León XIII, que hace frente al nuevo paradigma productivo de la revolución industrial y establece un propósito esencial: el que los que ejercen un empleo deben ser retribuidos con un salario que les permita, con moderación y frugalidad, adquirir una pequeña finca y hacerla suya, teniendo así acceso a la propiedad. Para Chesterton: «La propiedad es una cuestión de honor. El auténtico antónimo de “propiedad” es la palabra “prostitución”».

¿Se centra el distributismo en la propiedad de la tierra? Sí y no. El distributismo aspira a la universalización de la propiedad principalmente de la vivienda, de la tierra y de los elementos de producción. O sea, que la tierra no tiene un papel único, pero sí principal. Se la eleva a símbolo de la propiedad más humana posible. Coinciden en ello muchísimos pensadores,

desde Montaigne a Gómez Dávila, pasando por Marià Manent que, en su diario, sostiene que, si los anarquistas catalanes tuviesen cada uno siquiera una tomatera, se harían *ipso facto* conservadores.

Chesterton y Belloc fundaron en Inglaterra la Liga Distributista para defender estas ideas en el campo de la acción social. Lo hicieron en 1926, con lo que volvemos a preparar otro centenario. No cosecharon grandes éxitos políticos, pero sí articularon un interesante cuerpo de doctrina que ha tenido una ancha influencia y una larga persistencia en autores tan significativos como el filósofo Alasdair MacIntyre o el economista E. F. Schumacher. El nuevo papado ya ha enviado prometedoras señales de una revitalización de las tesis distributistas.

7. El antiutopismo

A continuación del distributismo hay que enumerar otra característica esencial. Su desconfianza radical de la utopía. Una vez dijo que la mejor manera de destruir el pensamiento utópico era ponerlo en práctica. En la novela *El Napoleón de Notting Hill* (1904), la imposición de unas ideas que le eran muy queridas a Chesterton, por el hecho de ser impuestas, acaban en locura y descontrol. Lo explica Ian Boyd. Esa misma desconfianza al totalitarismo ideológico de todo signo, incluso el suyo, puede analizarse en la novela *La esfera y la cruz* (1909). A diferencia del fanático de manual, Chesterton no tuvo jamás la intención de obligar a nadie a aceptar su doctrina. Es una enseñanza esencial.

8. La amabilidad

Es un principio innegociable. Su buena relación con sus contrincantes periodísticos y políticos se ha hecho proverbial. H. G. Wells estaba convencido de que, si al final, existía el Cielo, Chesterton encontraría la manera de franquearle la entrada. Es importante destacar que, más allá del carácter jovial, esa amabilidad se sostenía en el convencimiento de la dignidad absoluta de cada hombre y en el respeto sagrado a cualquier verdad, la dijese quien la dijese. En estos tiempos tan broncos, la simpatía chestertoniana, construida sobre cimientos tan conservadores, resulta imprescindible. Sir Roger Scruton estaba convencido de que la paronomasia era sinonimia: ser conservador es ser conversador y viceversa.

9. El hombre común

Su simpatía no se reservaba a sus célebres colegas de letras. Se desparramaba sobre sus vecinos y compatriotas, con los que gustaba de brindar con vino y cerveza y dar cuenta de un buen chuletón. Otro tic personal de Chesterton que ha adquirido una clara dimensión política. En tiempos de veganismo doctrinario, su amor por la buena mesa es un manifiesto de amor a la vida. Levanta la oriflama de su defensa del hombre común. Sus planteamientos, leídos con ojos de hoy, resultarían altamente sospechosos de populismo. Incluso su inflexible apego a la democracia, con especial querencia por la consulta popular, ha devenido, con el tiempo, en una exigencia particularmente rebelde. Dar la palabra a la gente corriente es hoy una pretensión de altísimo voltaje contrarrevolucionario.

10. La propia vida

Hay unos versos de Aquilino Duque que pueden aplicarse a Chesterton: «Luego he tratado de que lo que quería/ para todo el país, para toda la tierra/ fuese al menos posible en unos pocos/ metros a la redonda». El escritor hizo de su vida una constante puesta en práctica de sus principios políticos y de sus propuestas económicas. Desde la pasión por la monogamia y la familia, con su amor por Fances Blogg, su mujer, hasta su pasión por la pequeña propiedad o su patriotismo de la *Merry England*. Su empeño en cobrar por sus colaboraciones periodísticas fue la encarnación de su épica gremial. Su extensa bibliografía es la prueba de cuánto aró sus tres acres literarios y cuánto ordeñó su vaca intelectual. Sin embargo, cuando en una encuesta le preguntaron qué estaba mal en el mundo, contestó: «Yo». Habría cosas que estarían mucho peor, indudablemente, pero se concentró en lo que estaba en su mano mejorar, con la confianza de que era el mejor sistema para arreglar el mundo. Esta seguridad en la acción social de abajo arriba, nos la dejó de ejemplo.

Cronología

29 de mayo de 1874: Nace Gilbert Keith Chesterton en Londres, primogénito de una familia de clase media acomodada, agentes de propiedad inmobiliaria, precisamente. Algo bohemios, tenían más intereses culturales que religiosos.

1901: Se casa con Frances Blogg, mujer de profunda fe anglicana que influye en su desarrollo espiritual, y publica su primer libro de versos serios, titulado significativamente *The Wild Knight* (*El fiero caballero*).

1904: Publica su primera novela, *The Napoleon of Notting Hill*, donde pone en acción sus principios distributistas, su amor por los pequeños territorios y su inquietud política.

1908: Publica *Orthodoxy*, su más famoso ensayo, donde presenta su visión cristiana del mundo como una aventura.

1911: Sale a la luz *The Innocence of Father Brown*, primer volumen de relatos del célebre sacerdote-detective que cambiarán la historia del género policíaco. Comienza su amistad y correspondencia con Hilaire Belloc.

1922: Se convierte al catolicismo, tras un largo proceso intelectual y espiritual.

1926: Primer viaje a Cataluña, invitado por el PEN Club catalán, junto a su esposa y su secretaria. Residió en el Hotel Majestic de Barcelona y fue

homenajado por la intelectualidad catalana. Dio una conferencia en la Universidad Literaria, paseó por la Rambla, visitó el Ateneu Barcelonès, la American Library y también estuvo en Sitges, Vilanova i la Geltrú y Tarragona. Funda con Belloc y otros amigos la Liga Distributista para intervenir en la vida política. Publica *The Everlasting Man* (*El hombre eterno*).

1927: Sale a la luz *The Outline of Sanity* (*Los límites de la cordura*), la exposición más sistemática y representativa de su pensamiento distributista, donde plantea su alternativa tanto al capitalismo monopolista como al socialismo estatal, defendiendo una economía de pequeña propiedad ampliamente distribuida y la renovación cultural y moral para hacerla posible.

1934: Nombrado Caballero de la Orden de San Jorge por el papa Pío XI.

14 de junio de 1936: Fallece en su casa de Beaconsfield. Sus penúltimas palabras, que resumen su vida, fueron: «La cuestión ya está muy clara. Se debate entre la luz y la oscuridad y cada uno debe escoger de qué lado está». Las últimas fueron para su mujer: «Hola, cariño»; y para su hija adoptiva, Dorothy Colling: «Hola, querida»; que también tienen su luz y explican una vida. Fue nombrado *Defensor Fidei* por el Papa Pío XI poco antes de su muerte, aunque el telegrama de nombramiento se leyó en su funeral en Westminster. Chesterton fue el primer inglés en recibir este título del Papa desde Enrique VIII, quien originalmente lo ostentó siglos antes.

Para saber más

Ahlquist, Dale. *G.K. Chesterton: el apóstol del sentido común*. Editorial Voz de Papel, 2006.

Antuñano Alea, Salvador. *G.K.C. o la llave de la realidad perdida*. Fundación Universitaria Española, 2003.

Ayllón, José Ramón. *Ciudadano Chesterton; una antropología escandalosa*. Palabra, 2002.

Boyd, Ian. *The Novels of G.K. Chesterton. A Study in Art and Propaganda*. Barnes & Noble, 1975.

Coll-Vinent, Sílvia. *G.K. Chesterton. Cristianisme, Pensament Social i Literatura*. Viena, 2017.

González, Luis Daniel. *Gramática de la gratitud. Comentarios a todos los libros de Chesterton*. Biblioteca Online, 2013.

Ker, Ian. *G. K. Chesterton: A Biography*. Oxford University Press, 2011.

Martínez Arranz, Mercedes. *La filosofía de G.K. Chesterton: Un filósofo del siglo XX*. Renacimiento, 2023.

Pearce, Joseph. *G.K. Chesterton. Sabiduría e inocencia*. Ediciones Encuentro, Edición conmemorativa, 2024.

Pimentel Egea, Aurora. *En casa. Una aproximación a las ideas sobre el hogar y lo doméstico de Gilbert Keith Chesterton*. CEU Ediciones, 2025.

Silva, Álvaro. *El amor o la fuerza del sino*. Rialp, 2000.

Titterton, David. *Chesterton, mi amigo*. Rialp, 2018.

Síguenos en



hola@clubtocqueville.com
www.clubtocqueville.com

ISSN: 2696-712X

El Club Tocqueville no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas en los textos que publica.

© Club Tocqueville y los autores.